

DESDE LA CÁRCEL

Te rezo, Señor, desde la cárcel, esperando que mi súplica logre atravesar tantas puertas y tantas rejas.

A Ti -¡qué suerte!- podemos rezarte en todas partes, porque Tú siempre nos acompañas. Incluso estás preso con nosotros. Acuérdate de mí, Señor, y de todos mis compañeros de prisión.

Acuérdate de nosotros, aunque algunas veces sólo nos acordemos de Ti para blasfemarte. Tú, Señor, juzgamos con tu Justicia. No hagas caso de las condenas que nos han puesto a los hombres jueces, que en nada se parecen a Ti.

Enséñanos a vivir en paz; no nos hagamos la vida imposible; que no nos mueva el rencor, ni la envidia, ni la falsedad, ni la traición.

Acércate a nosotros cuando vamos midiendo el patio paso a paso, y deja en nosotros unas palabras de amistad y comprensión mutua. Enciérrate con nosotros en la celda, vela nuestros sueños, para que al menos en sueños vivamos la libertad.

Te hablamos de la libertad, Señor, porque Tú sabes que para nosotros es el don máximo y más cotizado; que siempre pensemos en nuestra libertad.

Que sepamos ganarnos nuestra libertad, Señor, y que al recuperarla, consigamos vivirla en paz, sin perjudicar a nadie. Cierra las cárceles, Señor, porque sólo son escuela de dolor, de soledad, de desesperación, de odio, de violencia.

Danos a todos, Señor, el don del amor, de tu Amor; que nos haga compartir; que nos ayude a perdonar; que nos llene el vacío de nuestros corazones; que nos haga sonreír aunque tengamos ganas de llorar.

También en las cárceles queremos amarte.